

do de la literatura de Rubén Darío, a través de su prosa y de sus versos delicadísimos y sutiles¹⁶. Y otro argentino, Casimiro Prieto y Valdés, reproducía «El velo de la Reina Mab», con tres ilustraciones alusivas, en su *Almanaque sudamericano para 1890*¹⁷.

Pero fue un entusiasta coetáneo de Darío, el cubano Julián del Casal (1863-1893), quien desde el periódico *La Habana Literaria*, el 15 de noviembre de 1891, reconoció ampliamente lo que estaba a la vista en el mundo hispanoparlante: Entre los grandes escritores hispanoamericanos de la última generación, hay uno notabilísimo, Rubén Darío, que por su fantasía, por su estilo y por sus lucubraciones, más que un escritor nicragüense parece un artista parisiense... Es muy joven todavía¹⁸. Informado de la repercusión de *Azul...* y de su autor, quien andaba en los 24 años, Casal añadía: Tras los años de aprendizaje, ha llegado a imponerse en las regiones en que resuena el idioma castellano. Ya en Europa se le comienza a estudiar..., para insistir en el encanto propio y la verdadera originalidad que demostraba poseer altamente Darío en su citado breviarío.

He aquí el extenso párrafo con el cual el desventurado poeta cubano concluía su comentario y que, por ser casi desconocido, reproducimos: «¿Qué es *Azul*? Un estudio de pintor, hecho a la pluma, donde las miradas, como mariposas inquietas, revolotean de un extremo a otro, sin acertar a detenerse. La fantasía, el hada bienhechora del artista, lo ha decorado de joyas artísticas. Trasponed la fachada blanca, donde negra golondrina al fulgurar de prismática estrella, asciende el *azul*; cruzad el vestíbulo alfombrado, donde hallaréis, como guardias de honor, dos veteranos literatos (aludía a Juan Valera y a Eduardo de la Barra, JEA), y penetrad luego, sin vacilación alguna, en el férreo interior»¹⁹.

Aunque con más elementos de glosa o *pastiche*, que de aproximación crítica, el testimonio de Casal resulta oportuno para confirmar la repercusión creadora de *Azul...* Continuemos transcribiéndolo:

¹⁶ Pedro Luis Barcia: «Rubén Darío en la Argentina», en *Escritos dispersos de Rubén Darío... La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1968, p. 21.*

¹⁷ *Ibid.* p. 238 y Alejandro Montiel Argüello: Rubén Darío en Guatemala. *Guatemala, Talleres de Litografías Modernas, 1984, p. 38.*

¹⁸ Julián del Casal: «Rubén Darío: *Azul* y A. de Gilbert», en *La Habana Literaria, 15 de noviembre, 1891; compilado en Prosas. Tomo I. Edición del Centenario. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963, p. 170.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 172.

¿Que os agrada más? ¿Será aquella tapicería medioeval, sobre cuyo fondo ceniciento se destaca la figura del *Rey Burgués*, con sus esclavas desnudas, con sus galgos aligeros, con sus trompas bronceas y con su trovador moribundo en los jardines? ¿O es aquel fresco antiguo, a la manera de Puvis de Chavannes, en que el *Sátiro Sordo*, coronado de pámpanos y erizado de vellos, corre lascivamente tras las ninfas desnudas, seguido de la alondra o el asno? ¿No ansiáis reposar en el parque de aquel castillo, enarenado de oro, oloroso a flores primaverales y poblado de estatuas mármóreas, para ver a la *Ninfa* emergiendo del estanque de los cisnes? ¿Qué diréis de esa marina crepuscular, donde los lancheros narran, a la caída de la tarde, la historia del hijo de tío Lucas, aplastado por *El Fardo*? Preferís oír, en la calle de los palacios de mármol, sombreada de álamos, al poeta hambriento que, con su traje haraposo y con su sombrero raído, entona la *Canción del oro*, después de mordisquear un medrugo de pan? ¿Os deleitan más los cuadros de género? Entrad en ese café parisiense, que parece dibujado por Forain, a la hora verde, donde improvisa *El pájaro azul*. Si nada os retiene todavía, mirad los cuadros *panneaux* que, bajo el rubro de *El Año Lírico*, se encuentran en la parte central. Eugenio Delacroix hubiera firmado el que se denomina *Estival*. Aún os queda más que admirar. Escudriñando los rincones si queréis algo exótico, contemplad ese *kakemono* donde la *Emperatriz de la China*, bajo su quitasol nipónés, con su dalmática de seda roja, bordada de dragones, muestra

su sonrisa de ídolo entre un bosque de japerías. Además encontraréis al paso, ya una estatua ecuestre de Caupolicán; ya un plato de porcelana, con una *Venus* moderna en el centro; ya una serie de medallones, sobre cuyos fondos bronceados se destacan varios bustos modernos entre ellos el de Walt Whitman: «con su soberbio rostro de emperador»²⁰.

Como se ve, el soneto «Walt Whitman» sería el texto más memorable de esta segunda edición de *Azul...* (1890) para Casal. Y, curiosamente, lo sería también para Jorge Luis Borges (1899-1986), quien en su estudio sobre Leopoldo Lugones sostiene la indiscutible importancia histórica de la obra a que pertenece²¹. Y es que *Azul...* constituiría el libro-guía, el *va demecum* de la segunda generación del modernismo hispanoamericano que tuvo sus representantes mayores en Leopoldo Lugones (1874-1938) en Argentina, Julio Herrera y Reissig (1875-1910) en Uruguay, José Santos Chocano (1875-1934) en Perú, Guillermo Valencia (1873-1943) en Colombia, Rufino Blanco Fombona (1874-1944) en Venezuela y Amado Nervo (1870-1919) en México.

Azul..., pues, resultó un texto de una concertación armoniosa que carecía de precedencia alguna, a pesar de los aislados antecedentes que el *a posteriori* rastreo erudito ha procurado exhumar en nuestros días. Porque, al contrario del *Ismaelillo* (1882) de Martí, *Azul...* fue una obra determinante y suficientemente leída en su tiempo para que influyese no sólo en América sino también en Europa. El propio Darío, en «Los colores del estandarte» —publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 27 de noviembre de 1896—, ya se refería a la influencia renovadora de *Azul...*, afirmando que «... fortuna tuvo en España, y aún en Francia, donde Peladán imitó francamente mi *Canción del oro* en su *Cantique de l'or*, que sirve de prólogo a *Le Panthée...*»²².

No vamos a puntualizar de qué manera *La Canción del oro* inspiró el *Cantique de l'or* de Joseph Peladán (1859-1918), poeta francés aficionado al ocultismo que representaba el decadentismo antipositivista. Ya lo ha emprendido Max Henríquez Ureña en un estudio sobre este feliz poema en prosa²³. Tampoco detallaremos su incidencia nutricia en los *Mascarones de proa* de Pío Baroja (1872-1956), como lo sostiene Antonio Oliver Belmás²⁴. Basta suscribir lo que el argentino Pedro Luis Barcia considera el primer caso de influencia literaria que el nicaragüense (Darío) ejerció en nuestra literatura (la argentina): que «La Canción del Oro» suscitó el poema en verso «Canción del oro» (1892), aparecido en *Revue Illustrée du Rio de la Plata*, de Leopoldo Díaz (1874-1937)²⁵.

Basta, igualmente, recordar que Darío impuso su renombre en España, tras su primera visita a finales de 1892, con *Azul...*; así lo señala Carlos Lozano al transcribir unas líneas de las palabras introductorias de Salvador Rueda (1857-1933) a su libro *En tropel* que se explican por sí mismas: «Como sabe el público español, se halla entre nosotros, y ojalá se quede para siempre, el poeta que, según frase de mi querido amigo Zorrilla de San Martín, autor de *Tabaré*, más sobresale en América Latina: el divino visionario, maestro de la rima, músico triunfal del idioma, enamorado de las abstracciones y símbolos y quintaesenciado artista que se llama Rubén Darío»²⁶. Y Rueda proseguía:

²⁰ Ibid.

²¹ Jorge Luis Borges: Leopoldo Lugones (2ª. ed.) Buenos Aires, Ediciones Pleamar, 1965, p. 21.

²² Rubén Darío: «Los colores del estandarte», en *La Nación*, Buenos Aires, 27 de noviembre, 1896; reproducido en Juan Carlos Ghiano: Rubén Darío. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina, 1967, p. 56.

²³ Max Henríquez Ureña: «Dos apostillas anecdóticas acerca de Rubén Darío. («La letanía del oro» y «Al sonoro rugir del cañón»), en Cuadernos Universitarios, 2ª. serie, año I, n.º. 2, enero, 1967, pp. 3-6.

²⁴ Antonio Oliver Belmás: Este otro Rubén Darío. Barcelona, Editorial Aedos, 1960, p. 411.

²⁵ Pedro Luis Barcia: «Rubén Darío en la Argentina», en Escritos dispersos de Rubén Darío, op. cit., pp. 24-25.

²⁶ Salvador Rueda y Santos: En tropel. Madrid, Biblioteca Rueda, 1892, p. 11; citado en Carlos Lozano: La influencia de Rubén Darío en España, op. cit. pp. 17-18 y 27.

Sabiendo yo cómo su afiligranada pluma labra el verso, le he ofrecido las primeras páginas de esta obra para que en ellas levante su pórtico, que es lo único admirable que va en este libro, a fin de que admiren tan brillante poeta los españoles. Soy yo quien sale perdiendo con esta portada, porque ¿qué lector se va a hallar a gusto en el edificio de este libro, sin luz ni belleza, después de haber visto arco tan hermoso?

...Doy públicamente las gracias a mi amigo el poeta autor de *Azul...*, que tan egregia genealogía supone a mi pobre musa, y deténgase el lector en el frontis y no pase de él si quiere conservar una bella ilusión²⁷.

Objetivamente, pero sin proponérselo —antes bien con respetuoso entusiasmo y admiración reverencial por los valores intelectuales de la Madre Patria— Darío causó una impresión favorable con su ya formada personalidad poética²⁸. De manera que don Marcelino Menéndez Pelayo, poseedor de la primera edición de *Azul...* —seguramente enviada por el propio Darío— no tuvo más remedio que dedicarle unas líneas en su *Antología de poetas hispanoamericanos* (1892), encargada por la Real Academia Española con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América, pese al criterio de no incluir en ella, ni estudiar, a los creadores vivos²⁹. Más aún: Andrés González Blanco, uno de los primeros críticos españoles que asedió seriamente a Darío, atribuye a éste una temprana influencia en los escritores peninsulares surgidos a finales de siglo:

La época pedía a gritos el nuevo pan de vida; se habían agotado los manantiales de léxico y de estilo que dieran vigor a la literatura castellana, urgía una renovación total del verso y de la prosa. En *Azul...*, Rubén Darío comenzó a desentumecer la prosa...³⁰.

Y también el verso. Implícitamente lo daba a entender nada menos que don José Alcalá Galiano, en septiembre de 1892, durante el Congreso Literario Hispanoamericano organizado también con motivo del IV Centenario de América. En efecto, Alcalá

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Léase, como ejemplo sin par, la carta de Valera a Marcelino Menéndez Pelayo, fechada el 18 de septiembre de 1892: «Veo en él (Darío) lo primero que América da a nuestras letras, donde además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etcétera, en quienes todo es nuestro y aún lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tienen bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además no diré lo imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está me-

jor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este semi-español, semi-indio...». Tiene —agregaba— «mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto. Ni hay tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedo, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de veinticuatro o veinticinco años, de suerte que yo espero de él mucho

más. Y me lisonjeo de que usted ha de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa y en verso. Y no me ciega ni seduce su facha que no es todo lo buena que pudiera ser, ni su fácil palabra, porque es encojido y silencioso» (Epistolario de Valera a Menéndez Pelayo. 1877-1905. Madrid, 1946, pp. 446-447).

²⁹ Las famosas líneas dicen: «Una nueva generación literaria ha aparecido en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha mostrado serlo de verdad» («América Central», en Historia de la poesía hispanoa-

mericana. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, tomo I, p. 211) En cuanto al dato de la primera edición de *Azul...* en la biblioteca del maestro hispánico, se encuentra en Menéndez y Pelayo y la hispanidad. Epistolario. (Segunda edición aumentada con nuevas cartas, notas e índices). Santander, Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, 1955, p. 33.

³⁰ Andrés González Blanco: Rubén Darío. Estudio preliminar. Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1910, p. 298.